

Los militares y el centenario de la independencia del Perú en 1921

The military and the centenary of the independence of Peru in 1921

Jaime Miguel Taype Castillo¹

Resumen

Las ceremonias por el centenario de la independencia del Perú, realizadas durante los meses de julio y agosto de 1921, contaron con la colaboración de numerosas instituciones, que, lideradas por el Gobierno de turno, lograron que los actos programados alcanzaran niveles de magnificencia. No obstante, lo que coronó la vistosidad y el realce –exigidos por todo magno evento– fue la presencia de las tropas de nuestro ejército en los actos oficiados para la ocasión. Las recomendaciones para embellecer Lima, la recepción y alojamiento de los destacamentos militares extranjeros en los cuarteles capitalinos, y los imponentes desfiles, evoluciones y retretas para el deleite de los asistentes fueron las principales actuaciones de los militares peruanos que contribuyeron a fortalecer la imagen de nuestro país en el ámbito internacional y devolvieron la autoestima a los peruanos.

Palabras clave: Perú, centenario nacional, Oncenio, Augusto B. Leguía, Ejército del Perú



Abstract

The ceremonies for the Centennial of the Independence of Peru that took place between the months of July and August 1921, were carried out with the collaboration of numerous institutions, which, led by the government of the day, achieved that the programmed acts reached levels of magnificence. However, the presence of the troops of our Army in the acts officiated for the occasion, consolidated the enhancement and showiness that every great event demands. The recommendations for the beautification of Lima, reception and accommodation of the foreign military detachments in the capital's barracks, imposing parades, evolutions and retreats to the delight of the attendees, were the main actions by the Peruvian military that contributed to strengthening the image of our country internationally and restored self-esteem to Peruvians.

Keywords: Peru, national centennial, Oncenio, Augusto B. Leguía, Peru Army

Introducción

El 28 de julio de 2021, el Perú cumple 200 años como república, aunque la coyuntura no se presenta auspiciosa para desarrollar una magna conmemoración, a causa de la aparición, propagación y funestas consecuencias de la enfermedad de la covid-19, que ha producido en el Perú una de las peores devastaciones a nivel mundial.

En la lucha contra la epidemia, junto con el personal de salud, han participado –como han registrado los diferentes medios de comunicación– las Fuerzas Armadas del Perú, particularmente el Ejército. Sus miembros han desarrollado acciones de apoyo y control de la población desde la segunda mitad de

marzo de 2020, cuando el Gobierno peruano declaró el estado de emergencia y la cuarentena social en un intento por detener los contagios en la población por el referido virus.

En relación con la participación de los *militares* —término que hace referencia a las personas que forman parte del Ejército— en los acontecimientos durante el período republicano peruano, la historiografía nacional se ha centrado en el análisis de los golpes de Estado, los Gobiernos militares, las insurrecciones y los personajes de procedencia castrense. En tiempos más recientes, también ha mostrado interés en la actuación de este sector durante la época de la violencia terrorista de las dos últimas décadas del siglo XX.

Sin embargo, estos no han sido los únicos episodios en los que los militares peruanos han actuado. Existen períodos o sucesos que pueden convertirse en espacios por explorar por parte de la historia. Véanse, por ejemplo, las labores de apoyo brindado por el Ejército a las poblaciones afectadas por los desastres naturales que cada cierto tiempo afligen a nuestro país; pero, también, su participación en las celebraciones nacionales, como sucedió en 1921, cuando el Perú conmemoró el centenario de su independencia.

Justamente este último acontecimiento será abordado en el presente artículo, en el que se explicará la participación del Ejército del Perú durante la conmemoración del centenario de la independencia de nuestro país. La finalidad es contribuir con nuestra historiografía, esta vez desde el punto de vista militar, en el año mismo del bicentenario nacional como contexto.

Sucesos previos al centenario: entre tensiones fronterizas e incendios palaciegos

Al comenzar el siglo XX, nuestro país hacía esfuerzos por sobreponerse a las consecuencias de la guerra de Chile con-

tra el Perú (1879-1883), entre ellas, la pérdida de Tarapacá y los intentos por recuperar, a través de la diplomacia, los territorios de Tacna y Arica. A pesar de este esfuerzo, no se descartó volver a la vía militar, en una actitud probablemente defensiva por parte del Perú al observar la hostilidad chilena en contra de los connacionales peruanos que permanecían en las dos regiones cautivas (Taype, 2016, pp. 154-156).²

La tensión de aquellos años entre Perú y Chile se evidenció cuando el primero no invitó a su vecino sureño a la conmemoración del centenario peruano,³ aun cuando, de acuerdo con la historia, la Expedición Libertadora al mando del general José de San Martín, al llegar a Paracas en setiembre de 1820, estuvo integrada por efectivos militares de procedencia argentina y chilena (Dellepiane, 1965, pp. 59-60). Esa decisión de los organizadores de la celebración del centenario obedeció a los eventos protagonizados por el vecino país del sur, considerados poco amistosos por parte del Estado peruano.

Entre los hechos que provocaron recelo entre ambos países, estuvo la postergación del plebiscito que determinaría la posesión definitiva de las regiones de Tacna y Arica, ciudades que permanecían por entonces en poder chileno tras concluir la guerra del Guano y el Salitre (*El Comercio*, 2000, p. 38). En segundo lugar, la decisión de excluir a Chile de las celebraciones por los cien años de independencia del Perú también

2 Sin embargo, aquella tensión fronteriza no fue la única por esos años. Se presentaron otras que pusieron en estado de alerta a la población y a las fuerzas militares, como lo ocurrido con Bolivia, en 1909 (Pons, 1982, p. 199); los incidentes con el Ecuador, en 1903, 1904 y 1910; y los enfrentamientos armados focalizados con Colombia, en 1911 (CPHEP, 2001, pp. 257 y 307-308).

3 El Ecuador fue el otro ausente en la fiesta peruana. Véase Ortemberg (2015, p. 341).

estuvo influida por el maltrato padecido por los peruanos residentes en ambas regiones, conocido como la *chilenización*; por el incidente previo a la inauguración de la Cripta de los Héroes en el cementerio Presbítero Matías Maestro; por la distorsión de la información sobre supuestas movilizaciones de tropas peruanas hacia la frontera sur, entre otros hechos. Explicaremos a continuación acerca de los principales acontecimientos que generaron tensión antes de la celebración del centenario de la independencia peruana entre Perú y Chile.

Sobre la chilenización, resulta pertinente recordar la siguiente explicación de Pons:

[...] Chile inició desde principio del presente siglo [XX] una violenta campaña de chilenización de la población peruana en Tacna y Arica, sin conseguirlo, para lo cual empleó toda clase de medios que consideró apropiados. Clausuró en Tacna y Arica las escuelas peruanas y expulsó a sus maestros, obligando a los niños y jóvenes peruanos a concurrir a las escuelas chilenas. Expulsó a los curas peruanos de ambas provincias, así como a las personas que consideraba peligrosas por su arrogante patriotismo. Aumentó sus fuerzas militares y sus funcionarios civiles. Prohibió a los peruanos el derecho de reunión y de izar la bandera nacional los días de aniversario patrio, teniendo que poner sus banderas al interior de las casas. Expulsó a los trabajadores peruanos del puerto de Arica, boicoteó los negocios y las industrias de peruanos y en muchos casos las autoridades llegaron al atentado personal y al asesinato contra los peruanos residentes en dichas provincias. (Pons, 1982, p. 199)

En la cita anterior, se pueden observar con claridad las hostilidades sufridas por nuestros connacionales; los historiadores Gustavo Pons Muzzo y Jorge Basadre experimentaron de forma directa aquel período y dejaron plasmadas sus impresiones en sus textos. A diferencia de otros episodios en los que las decisiones tomadas por el Gobierno de turno no estaban en sintonía con la opinión de la población –como

la firma del Tratado Vivanco-Pareja, en 1865, o del Tratado Salomón-Lozano, en 1922—, en las vísperas del centenario nacional, sucedió todo lo contrario. El gobernante y la Comisión Organizadora vieron por conveniente no extender la invitación al vecino país del sur, quizás con la finalidad de hacer respetar la dignidad peruana. No olvidemos que Leguía había combatido en la guerra de Chile contra el Perú como sargento 2.º durante la defensa de Lima, en enero de 1881.

El incidente de la corona fue otro de los episodios inamistosos, que, pese a haber acontecido buen tiempo antes de la celebración del centenario nacional, no era olvidado por las autoridades y la población peruana.

En 1908, poco antes de terminar su período el Presidente del Perú José Pardo y Barreda, inauguró el monumento a los caídos heroicamente en la guerra con Chile y que se denominó “Cripta de los Héroes de la Guerra de 1879”. A este acto invitó al cuerpo diplomático residente en la capital, entre los que se encontraba el ministro de Chile José Miguel Echenique Gandarillas. Este señor mostrando refinado cinismo, exigía confeccionar un programa especial para ofender una corona de bronce que, en nombre de Chile, debía colocarse en la tumba de los fusilados, “repasados” o simplemente muertos en combates por los soldados chilenos [...]. Para la mentalidad chilena, esto no tenía nada de malo. Para la dignidad del Perú, era un acto ofensivo antes que de honra. Como consecuencia de ello el ministro chileno se retiró. (Luna, 1982, pp. 535-536)

Aquel intento por parte del diplomático chileno de “homenajear” a los peruanos caídos en la guerra no fue bien visto por la opinión pública peruana, pues el referido espacio albergaría los restos de los principales héroes de aquella contienda junto con los demás jefes, oficiales y soldados que entregaron su vida en defensa de la patria. Además, la pretensión de colocar una corona de bronce sobre las tumbas de los soldados peruanos muertos a causa del “repase” fue interpretado como

la reafirmación, sin reparo, de los excesos cometidos por las tropas invasoras en territorio peruano. Los recuerdos y las heridas producidas por la guerra a la dignidad nacional aún estaban frescos.

Las tensiones bilaterales se mantuvieron durante las primeras décadas del siglo XX, más aún cuando inició el segundo mandato de Augusto B. Leguía. En ese período, circularon informaciones propaladas por el país sureño que buscaron desacreditar al Perú ante la comunidad internacional. La respuesta peruana apeló a influir en la opinión pública de los países vecinos empleando los sucesos y personajes que nos unían históricamente, como sucedió en Argentina durante una ceremonia pública en 1920 (Ortemberg, 2015, p. 334). No obstante, aquella reacción peruana también se extendió hacia Norteamérica y Europa.

Durante la ceremonia pública del 17 de agosto de 1920 en Buenos Aires, se desarrolló una suerte de “batalla publicitaria” entre los representantes diplomáticos de Chile y Perú, en un intento por imponer sus efemérides independentistas. Teniéndose en cuenta la influencia del general San Martín en las independencias de ambos países, el diplomático chileno buscó resaltar el centenario de la partida de la escuadra independentistas desde Valparaíso, mientras su par peruano destacó la proclamación de la independencia en Lima. En la ceremonia bonaerense, la disertación del diplomático peruano fue recibida con vivas a nuestro país y prolongados aplausos, a diferencia del discurso del chileno, que no provocó mayor entusiasmo. La victoria simbólica fue lograda aquella vez por el lado peruano, la cual se reforzó con la inauguración del monumento en honor a San Martín en Lima en julio de 1921. Ello fortaleció los vínculos con la Argentina, medida necesaria en la coyuntura del plebiscito pendiente que comprometía a Tacna y Arica, consulta que, finalmente, no se realizó.

A este tipo de contiendas se le conoce en el ámbito castrense como *guerra psicológica* u *operaciones psicológicas*, y comprenden las “acciones que buscan influir sobre las percepciones, actitudes, comportamientos, valores y opiniones del adversario, a fin de debilitar su voluntad de lucha” (EOSE, 2016, p. XX), aunque en esa ocasión la acción fue desarrollada de manera indirecta.

Desde fines de 1919, La Moneda comenzó a recibir información, de diferentes conductos, de la ocupación, por fuerzas peruanas relativamente considerables, de la línea Cuzco-Juliaca-Puno-Arequipa-Tingo y Mollendo, puntos, todos ellos, unidos por el ferrocarril. Las mismas fuentes indicaban que había fuerzas adelantadas en Locumba, Moquegua, etc. Este inusitado movimiento de tropas en el país del norte llevó, naturalmente, a inquietar al alto mando chileno. [...] el Gobierno del Perú estimó más razonable y práctico volver sus ojos, en primer lugar, hacia Estados Unidos y, en seguida, hacia Europa. En esta última, una propaganda hábilmente manejada “supo presentarnos como los expoliadores, sin títulos y sin escrúpulos, del Perú y los detentadores indebidos de Tacna, Arica y Tarapacá”. (EMGECH, 1980, pp. 220-221)

Como se puede observar en la cita anterior, el vecino país del sur se mantenía atento a los movimientos de las tropas peruanas. ¿Espionaje al iniciar el segundo Gobierno de Leguía? Parece que las preocupaciones de los mandos militares chilenos fueron algo exageradas si se considera que, durante el Oncenio, el Ejército de nuestro país adolecía de una falta de medios materiales para enfrentar una hipotética contienda bélica, como dejó constancia un alto oficial francés a través de una carta dirigida al entonces presidente peruano tiempo después.

Al cumplirse, en 1921, el centenario del Perú como república, las autoridades peruanas de entonces identificaron en este acontecimiento una posibilidad para fortalecer la cohesión y autoestima nacional, afectadas por las tensiones anteriormente mencionadas, aunque también por las domésticas,

que veremos a continuación. Además, este acontecimiento fue aprovechado políticamente por Leguía, líder de la *Patria Nueva* (Casalino, 2017, p. 80).

Además de los problemas internacionales que aún persistían cuando el Perú se aprestaba a conmemorar los primeros 100 años de haberse independizado de la Corona española, en el plano interno ocurrió un extraño hecho que puso en riesgo dichas celebraciones. Se trató de un incendio en Palacio de Gobierno a pocos días de la fecha central, la tarde del domingo 3 de julio de 1921, aproximadamente a las 16:45. El siniestro generó la sensación de que la imagen del Gobierno y del país se vería gravemente afectada, pues algunas delegaciones extranjeras invitadas ya habían arribado:

Pero, de súbito, a comienzos de julio de 1921 y casi en vísperas de la celebración del centenario sanmartiniano del anuncio de la Independencia, se declara un incendio en el recinto de Palacio. Es el tercer incendio que en casi cuatro siglos estalla en el histórico solar; pero, iniciado este en el despacho del propio Jefe de Estado y voraz como ninguno, pronto destruye toda el ala de edificio situado entre el remate de la gran escalera y la esquina de los Desamparados [...]. Desaparecen esta vez entre las llamas fuera del despacho del Jefe de Estado y de las oficinas de su secretaria, el salón dorado y el de Castilla, y, entre otras muchas piezas de valor intrínseco o tradicional, varios de los retratos de las galerías de los Presidentes y los Mariscales, y el viejo solio de los virreyes, aquel sobre el que Vivanco había hecho esculpir las armas del Perú. Apresuradamente en quince escasos días, hay que improvisar una fachada hacia la calle del Palacio y un gran salón de recepciones, allí en donde se hallaba el patio alto o de mármol construido en tiempo de Castilla, el mismo que se utiliza hasta 1924. (Pastor, 1938, pp. 289-290)

A pesar del sorpresivo siniestro, Leguía no permitió que las recepciones preparadas con antelación fueran canceladas y mucho menos que este repercutiera en la imagen del país, lo que hubiera derivado en el descrédito de su Gobierno. El

aspecto desolador ocasionado por el incendio que destruyó gran parte de la sede de gobierno fue transformado en menos de 48 horas: se extrajeron los escombros y se reconstruyó Palacio –con madera y cartón–; de esa manera, se pudo continuar recibiendo a las numerosas delegaciones invitadas:

A partir de este momento, don Enrique Mogrovejo se hizo cargo, definitivamente, de los trabajos de reconstrucción de Palacio. Cerca de 100 hombres comenzaron a trabajar empeñosamente. La actividad, el patriotismo y el aliento, se trasmitían del foco central a cada operario [...]. A las dos de la mañana del día martes los escombros habían desaparecido [...]. Con esta verdadera hazaña renació la confianza del público y se pensó que el gobierno podrá con todo decoro, recibir en nombre de la patria a los embajadores de las naciones amigas. (*Revista Mundial*, 1921)

Para la decoración de los ambientes reconstruidos, colaboraron los amigos y parientes del mandatario, así como los miembros de los conventos de Santo Domingo y San Francisco, quienes facilitaron muebles, cuadros, arañas de luces, entre otros enseres: “el presidente hizo llamar a los representantes de las fábricas de madereras, y les consultó si podrían abastecer de madera y cartón para reconstruir el inmueble afectado, pues ya habían llegado algunas legaciones invitadas por el Centenario. Los convocados aceptaron reconstruir Palacio en su forma” (Palacios, 2015, p. 889).

Aquella reacción logró “salvar” la imagen del país y del Gobierno anfitrión. No obstante, el origen del siniestro quedó envuelto en especulaciones, aunque el Ejecutivo acusó a los civilistas, al poder oligárquico y a un sector de la prensa (Palacios, 2015, p. 888).

312

Los militares y el centenario de la independencia

Las celebraciones por el centenario de la independencia nacional del Perú se desarrollaron en un contexto en el que

la diversión y suntuosidad fueron una constante en la vida pública de entonces (*El Comercio*, 2000, p. 38).

El principal objetivo del Gobierno de Leguía era el celebrar por todo lo alto el cumpleaños número 100 de los peruanos, acontecimiento que obligaba a proyectar la mejor imagen ante los invitados de distintas partes del mundo. Por eso, durante la planificación para conmemorar este acontecimiento, el mandatario debió escuchar las múltiples recomendaciones expuestas por sus asesores y por la comisión constituida para el trascendental evento; entre sus integrantes figuraban los representantes de las Fuerzas Armadas.

En el sector castrense, destacó el Ejército del Perú, cuya participación se reflejó en el recibimiento y alojamiento en los cuarteles limeños –habilitados para la ocasión– de las delegaciones militares invitadas, y en los desfiles y retretas que elevaron el entusiasmo tanto de extranjeros como de los nacionales. Inclusive, uno de los oficiales más reconocidos de esta institución militar por esos años brindó recomendaciones para mejorar el aspecto de la ciudad capital, entre otros aportes: “El Callao se vio congestionado por el arribo de los acorazados y cruceros extranjeros que transportaban a sus delegaciones y cuyas tripulaciones (argentinas, norteamericanas, francesas, inglesas, italianas y japonesas) iban a desfilar en la gran parada militar al lado de las tropas peruanas” (Alzamora, 2017, p. 69).

Es preciso señalar que una efeméride previa que puso a prueba la capacidad organizativa de las autoridades y la comisión fue el también centenario del desembarco en la bahía de Paracas de la Expedición Libertadora, en setiembre de 1920:

Con carácter preparatorio en relación con la fecha epónima que se trataba de celebrar, se mandó erigir un monumento en Pisco, lugar donde desembarcó José de San Martín con la expedición libertadora; declarándose ferias las fechas conmemorativas en

Pisco, Chancay, el departamento de San Martín y en diversas poblaciones de la antigua Intendencia de Trujillo. (Basadre, 2014, p. 67)

Conocida la noticia del arribo de Leguía y su comitiva para presidir la ceremonia por los cien años de aquel acontecimiento histórico, los lugareños se volcaron al muelle de Pisco para recibirlo: el mandatario fue ovacionado al desembarcar. Junto con las autoridades nacionales, también llegaron a bordo del crucero *Bolognesi* los cadetes de la Escuela Militar de Chorrillos, quienes, con otros destacamentos del Ejército y la Armada, participaron en las diversas actividades organizadas en puerto sureño (*Revista Mundial*, 1920).

Entre las actividades por los cien años del desembarco patriota, destacaron el tedeum, la puesta de la primera piedra para la construcción del monumento en honor al general San Martín, recepciones, desfiles militares en la plaza principal y calles colindantes. También se presentaron maniobras protagonizadas por la aviación militar en el cielo pisqueño, que fueron correspondidas con prolongados y sonoros aplausos por parte de la población (OGE, 23 de setiembre de 1920, p. 2).

Culminado el programa conmemorativo en Pisco y de vuelta en Lima, el presidente de la república, el ministro de Guerra y el jefe del Estado Mayor General del Ejército –cargo equivalente en la actualidad al de comandante general del Ejército– felicitaron a la División Superior de la Escuela Militar de Chorrillos y al Regimiento Escolta del Presidente de la República –ambos pertenecientes al Ejército– “por su correcto porte y disciplina durante las ceremonias realizadas en dicho puerto, generando halagos por parte de la población congregada” (OGE, 23 de setiembre de 1920, p. 2). Con las lecciones aprendidas aquella vez en Pisco, el Gobierno y la comisión encargada de las festividades para el centenario de

la independencia procedieron a organizar el amplio programa que asegurase su éxito. Al respecto, durante su mensaje ante el Congreso de la República en 1920, Leguía dejaba en claro su intención de celebrar por todo lo alto nuestro centenario: “Aproximándose el Centenario de la Independencia Nacional, el país debe prepararse y celebrarlo dignamente. Se os presentarán por el correspondiente despacho ministerial los proyectos que permitan hacer de esa efeméride un acontecimiento de honda repercusión en el alma nacional e internacional” (Palacios, 2015, p. 884).

Era evidente que la decisión tomada por Leguía se convertía ahora en un reto: ser capaz de realizar un magno evento que perennizara la celebración por el centenario de la independencia del Perú, de cuyo éxito dependía el prestigio del país y del propio mandatario. Las actividades realizadas durante los meses de julio y agosto de 1921 tendrían un gran impacto en la autoestima nacional: “[...] Lima es una gran aldea somnolienta y pueblerina que carece de agua corriente y desagüe, pavimento, alumbrado eléctrico y alcantarillado [...]. Si así era la capital, donde residía la aristocracia que viajaba con frecuencia a París, ya puede imaginarse cómo eran las ciudades de provincias [...]” (Alzamora, 2017, p. 68). Las festividades por el centenario se convirtieron en buen motivo para mejorar el ornato de la ciudad capital. Calles y plazas fueron mejoradas con el propósito de presentar al visitante, a través de Lima, la imagen de un país ordenado y camino a la modernidad. Curiosamente, las recomendaciones para el embellecimiento de la ciudad capital provinieron de miembros del Ejército de nuestro país, como detallaremos más adelante.⁴

4 Es menester reconocer que el presidente Leguía logró darles a los actos conmemorativos por el primer centenario del Perú como república la magnificencia exigida por una fiesta nacional. Esta concesión es pertinente más allá de los cuestionamientos y debates aún generados por su Gobierno –el Oncenio– en los círculos académicos y en la historiografía.

Las actividades realizadas por el centenario del Perú en julio de 1921 –que se prolongaron hasta los primeros días de agosto– contaron con la activa participación del Ejército. ¿Por qué fue protagónica la presencia militar durante las conmemoraciones por los 100 años del desembarco de la Expedición Libertadora en Paracas y de la proclama de la independencia del Perú en Lima? Al respecto, si tenemos en cuenta la participación militar durante los acontecimientos que marcaron el inicio de la república, notaremos dos fases desarrolladas antes y después del 28 de julio de 1821.

La primera se inicia inmediatamente después del desembarco de la expedición militar en la bahía de Paracas. Tras observar el apoyo de indígenas y afroperuanos a la causa independentista y luego de escuchar sus solicitudes para ser incorporados a filas, el general San Martín tomó la decisión de crear la primera bandera del Perú, el 21 de octubre de 1820, con el propósito de que “los peruanos que se organizaban militarmente tuvieran un símbolo patrio que defender y bajo el cual combatir” (CPHEP, 2001, pp. 122-123). Debemos agregar que, en la misma región, se constituyó el escuadrón de caballería Auxiliares de Ica, el cual se convirtió en la primera fuerza militar integrada netamente por peruanos –en su mayoría afrodescendientes–, quienes enarbolaron por primera vez aquel novísimo pendón bicolor, diez meses antes de proclamarse la independencia en la otrora capital del virreinato peruano. Otras fuerzas similares se conformaron en los siguientes meses (CPHEP, 1999, pp. 18):

Es probable que la actual coyuntura que vive el Perú sea un impedimento para que la celebración del bicentenario logre superar la valla puesta hace 100 años por Leguía. Esta realidad lleva a la siguiente pregunta: ¿ha mejorado como país el Perú en los últimos cien años? El tiempo y la historia se encargarán de brindar, una vez más, las respuestas.

[...] al acampar en territorio peruano, lo primero que hizo fue expedir un decreto dotando al Perú de bandera y escudo propios. El decreto lleva la fecha de 21 de octubre de 1820 y tiene su firma [...]. Hasta entonces el Perú había carecido de ambos símbolos. Las huestes patriotas que habían luchado no tuvieron esas enseñas sagradas, que sirven para avivar el valor de los soldados, para animarlos y llevarlos hasta el sacrificio [...]. Apenas creada la bandera nacional, se le vio tremolar en el puerto de Pisco [...]. (Costa, 1921, p. 9)

La segunda etapa de la presencia militar peruana comenzó luego de proclamada la independencia, cuando, días después, el general José de San Martín asumió el título de *protector del Perú* (Pons, 1982, p. 125). Las fuerzas militares conformadas tras el desembarco en Paracas dieron paso, esta vez, a la Legión Peruana de la Guardia (LPG), creada por orden de San Martín el 18 de agosto de 1821. Con esta unidad militar, se oficializó la creación del Ejército del Perú (CPHER, 1999, p. 18).

Con aquellos antecedentes históricos, quedaba claro por qué, después de cien años, los militares peruanos ocupaban un lugar protagónico, particularmente, durante las celebraciones de 1921. Por ello, no debe llamar la atención que se conformara una Comisión Militar responsable de organizar la participación de las tropas durante las ceremonias, recepciones y desfiles. Estos actos son percibidos en la actualidad, por algunos sectores, como una “militarización” de las actividades por el centenario (Ortemberg, 2015, p. 336), o como el “reforzamiento de las masculinidades heroicas” al invocarse aquella vez “a los padres fundadores y los héroes que forjaron la independencia” (Yrigoyen, 2020, p. 9). Más allá de esos debates y enfoques, lo cierto es que a los militares –cuya actuación fue necesaria para alcanzar la independencia y su reafirmación– les correspondió *por hecho y derecho* el papel protagónico durante el centenario.

La Comisión Militar para los actos de 1921 estuvo integrada por el general de brigada Carlos I. Abrill, el coronel Manuel M. Ponce, y los tenientes coroneles Isaac Zapater y Francisco Valdivieso Portuondo (OGE, 9 de octubre 1920, p. 1). Esta comisión se encargaría no solo de planificar los desplazamientos de nuestras tropas durante los diversos actos con motivo del centenario. Además, sería la responsable de organizar la recepción de las delegaciones militares de los países invitados; construir y rehabilitar cuarteles capitalinos para el alojamiento de estas –incluyendo a los caballos traídos por los granaderos argentinos–; ubicar a las delegaciones extranjeras durante los desfiles; proporcionarles alimentación, entre otros detalles necesarios a fin de brindar una buena impresión de nuestro país. Paralelamente a los preparativos y con el propósito de que la población disfrutara de las festividades en compañía de las delegaciones invitadas, el Gobierno “declaró un largo feriado a nivel nacional” (Palacios, 2015, p. 884). Era evidente que la participación de la población en la festividad nacional, además de fortalecer su autoestima, fuera también aprovechada con fines políticos por el gobernante de turno.

Por otro lado, la presencia de la delegación española en el centenario peruano reflejaba la superación de las diferencias entre la Corona y su otrora Virreinato, cuyas relaciones se restablecieron a partir de 1879:

[...] el 21 de julio de 1921, llega al puerto del Callao el buque “España” trayendo a una comitiva española que asistiría a las celebraciones por el Centenario de la Independencia del Perú. El 27 de julio, esta delegación estuvo presente en la inauguración del monumento a don José de San Martín realizado por el escultor Mariano Benlliure, en ese entonces Director de la Academia Española en Roma. Este hecho puso de manifiesto el reconocimiento de España al libertador del Perú. (Novak, 2001, p. 89)

Como parte de los preparativos elaborados por los militares que recibieron el visto bueno del mandatario, se dispuso

llamar a servicio a los jóvenes en edad militar para que integraran las tropas que participarían en las festividades por el centenario:

Con motivo de la fiesta del Centenario Nacional, se llamó al servicio por un período de 30 días de instrucción, a 1,500 hombres, movilizables de la clase 1919 y 1920 de las provincias de Lima y Callao, y a 200 licenciados del Ejército de la clase 1918, en la proporción de 1,500 de Lima y 200 del Callao. El Ministerio de Guerra gestionaría para que estos hombres no pierdan sus empleos en fábricas, casas comerciales, etc. (OGE, 23 de mayo 1921, p. 2)

¿Por qué hacer un llamado extraordinario a los jóvenes al servicio militar para una conmemoración nacional? Uno de los actos que provocó el entusiasmo por esos días fueron los desfiles militares. Recordemos que la mayoría de países invitados arribó al Perú con sus respectivos destacamentos militares o navales, los que atrajeron la atención de la población por la vistosidad de sus uniformes y la singularidad de sus desplazamientos. Anticipándose a dicho panorama, los jefes militares peruanos consideraron conveniente hacer el referido llamamiento a fin de acrecentar la imagen imponente de nuestras tropas, impresión que se genera ante el paso de los grandes contingentes militares.

Sobre lo anterior, desde el punto de vista militar podríamos inferir que, a través de la asistencia de las numerosas delegaciones, el majestuoso desarrollo de las ceremonias y la vistosidad de los desfiles –particularmente de nuestras tropas–, el Perú transmitió un mensaje muy sutil hacia Chile, país con el que, como ya hemos comentado, mantenía disputas territoriales. Aquel mensaje probablemente fue “A pesar del revés sufrido durante la contienda bélica de finales del siglo XIX y sus consecuencias, el Perú se ha sobrepuesto, lo que se puede observar en la imponente celebración de su centenario nacional”.

Las festividades oficiales se iniciaron el 27 de julio de 1921 al mediodía, con la inauguración de la plaza San Martín. Unas horas antes, la población se había dirigido a otros puntos del hoy centro histórico de Lima, con el propósito de presenciar el paso de los destacamentos militares y navales extranjeros invitados, como la tropa francesa, traída por el crucero *Jules Michelet*, y los buques argentinos *San Martín* y *Guardia Nacional*. Ese día 27, cuando los relojes marcaban las 11:00 horas, llegaron las delegaciones extranjeras invitadas a la plaza donde se inauguraría el monumento erigido en honor al general San Martín. Entre ellas, destacaba la española, con el embajador del rey Alfonso XIII conde de la Vizaña, y la francesa, encabezada por el general Charles Mangín, héroe de Verdún (*El Comercio*, 2000, p. 38).

[...] el 27 de julio de 1921 se inauguró el monumento en honor al general Don José de San Martín [...] que fue hecha por el escultor español Mariano Benlliure. Aquel día, formaron los destacamentos militares y navales acantonados en Lima, y junto a ellos representaciones extranjeras invitadas, como fue el escuadrón del Ejército Argentino “Granaderos a Caballo”. Se desempeñó como Jefe de Línea –teniendo en consideración la nacionalidad del libertador– el General Carlos I. Martínez, representante del Ejército Argentino. (Arbulú, 1988, pp. 114-115)

Siendo las 12:15 horas, aparecía en la referida plaza el presidente Leguía, quien tomó asiento en la tribuna oficial. Quince minutos después, el mandatario, junto con los invitados, entre quienes estaba el mariscal del Perú Andrés Avelino Cáceres, descorrió el velo que cubría la estatua del general San Martín, acto que provocó bulliciosos aplausos por parte de los invitados y público asistente, aunque el referido episodio no estuvo exento de un hecho anecdótico:

Se anunció a los cuatro vientos que el presidente procedería a develar el monumento, venido de Barcelona, envuelto en el mayor

misterio, obra del famoso escultor catalán don Mariano Benlliure [...]. El presidente avanzó solitario, tomó la cuerda que le alcanzaron y, ante una plaza en suspenso, tiró de ella [...]. La desobediencia del paño, que debió haber caído con el primer tirón de la cuerda, transformó en un santiamén esa sonrisa en una línea grave de seriedad absoluta. Tiró nuevamente, esta vez con más fuerza [...] y así, hasta el tercer intento, en que acudió hacendoso uno de su entorno para descubrir que el sistema ideado por algún motivo estaba trabado. Comenzaron los cuchicheos y los tirones [...] de la multitud, salía un joven que, sin pedir permiso a nadie, solo a la agilidad gatuna propia de su juventud, se perdió bajo la cobertura blanca y escaló la base del monumento. Al poco rato [...], la rebelde tela cayó como un bergatín [...] devolviendo con ello la alegría a la plaza, la sangre al rostro de los responsables [...] mientras en toda la plaza rompieron con fuerza merecidos aplausos. (Dargent, 2015, pp. 108-109)

Seguidamente, el mandatario pronunció un enérgico discurso que culminó con vivas al Perú y al general San Martín. Dio paso a las salvas de la artillería, mientras se colocaban al pie del monumento los arreglos florales obsequiados por los Gobiernos de Argentina, Bolivia y Colombia (*El Comercio*, 2000, p. 38).

Durante la Parada Militar, mientras desfilaban las tropas, nuestra aviación hizo su aparición en el cielo limeño. Las relucientes siluetas de seis aviones piloteados por alumnos del “Centro de Aviación Militar de Maranga”, ejecutaron interesantes evoluciones a la altura del monumento y sobre las tribunas levantadas en la plaza, produciendo gran emoción entre la multitud ávida de patriotismo y contagiada del regocijo nacional. Varias veces aparecieron y desaparecieron; los aviones que marchaban en “convoy” —término de entonces— y que describían en el aire interesantes y arriesgadas formaciones. (Fernández Prada, 1983, p. 142)

Cuadras más allá, ante el monumento del libertador Simón Bolívar inaugurado en diciembre de 1859, se desarrollaba otro desfile militar como parte de las actividades festivas,

mientras en la Magdalena Vieja se inauguraba el Museo Bolívariano.⁵

[...] los embajadores más ilustres fueron Antonio Gómez Restrepo por Colombia; el Conde de la Viñaza por España; el general Charles Mangin por Francia; el teniente general Conde de Duadonald, nieto de Lord Cochrane por Gran Bretaña; Antonio Caso por México; Monseñor Luis Duprat, arzobispo interino de Buenos Aires por Argentina, con esta delegación marcharía el Regimiento N° 1 de caballería Granaderos a Caballo “General San Martín”, comandado por el coronel Martín Bortagaray, que estaba formado por cuatro secciones de 25 hombres cada una. (Mendoza, 2017, pp. 42-43)

A las celebraciones del centenario peruano asistieron numerosos invitados venidos de diferentes partes del mundo, lo que refleja la consideración de dichos países hacia el Perú y el esfuerzo puesto en las gestiones por parte de la comisión organizadora y de nuestra diplomacia. La presencia de los invitados brindó el realce y prestigio a nuestro país en el ámbito internacional. Si bien las celebraciones y los asistentes favorecieron el prestigio de Leguía, este último debió exigir los máximos esfuerzos que garantizaran la seguridad de los invitados, considerando el sospechoso incendio de Palacio de Gobierno a pocos días de la fecha central del centenario.

Otra de las actividades desarrolladas por el Ejército del Perú con motivo del centenario fue la organización de retretas en las plazas de la capital la noche anterior al 28 de julio, para el deleite de la población que, emocionada, vio cómo el cielo limeño era iluminado por los fuegos artificiales (*El Comercio*, 2000, p. 38). Según Palacios, “El jueves 28 de julio fue el día explosivo y de contagio popular indescriptible. El Perú cum-

5 La página web de este museo, existente hasta el día de hoy, puede visitarse mediante el siguiente enlace: <http://mnaahp.cultura.pe/elmuseo/historia>

plía el primer Centenario de su Independencia y lo celebró a lo grande” (2015, p. 889).



Banda del Ejército del Perú y granaderos de San Martín en Recepción

Fuente: *Revista Mundial* (19 de agosto de 1921).

Por esos días, el entonces joven cadete José del Carmen Marín Arista –quien décadas después, ya como general del Ejército, formó parte del gabinete ministerial del presidente José Bustamante y Rivero como encargado de la cartera de Guerra, y luego, se convirtió en fundador y primer director del hoy Centro de Altos Estudios Nacionales (CAEN)– participaba de las ceremonias y desfiles como parte del agrupamiento de la Escuela Militar de Chorrillos: “[...] mientras Marín Arista y el resto de cadetes descansaban en las cuadras de la Escuela Militar para seguir participando de las celebraciones en los siguientes días, observando en el horizonte cómo la noche se iluminaba con los fuegos pirotécnicos y el eco lejano de sus explosiones” (Taype, 2018, p. 24).

El 28 de julio –día central– comenzó muy temprano con el tedeum en la catedral de Lima, a cargo del monseñor Emilio Lisson, ceremonia religiosa a la que asistieron los embajadores y el presidente de la república, acompañado por su gabinete y las autoridades civiles y militares. Terminado el acto

litúrgico, se desarrolló el desfile oficial de las delegaciones extranjeras con dirección a Palacio de Gobierno, donde se realizó la recepción de honor (Taype, 2018, p. 24).

El desfile militar central se llevó cabo en el hipódromo de Santa Beatriz (hoy Campo de Marte), donde formaron las tropas de la guarnición de Lima junto con las delegaciones enviadas por los diferentes países del mundo. El mando de las tropas estuvo a cargo del general Charles Mangín, quien llegó al Perú como embajador de Francia y era considerado héroe de la Primera Guerra Mundial. El Congreso de la República ascendió a Mangín como general de división de nuestro Ejército.

Además, junto con la delegación gala, participó el general Paul Clément, quien llegó al Perú a finales del siglo XIX como líder de la primera misión militar francesa para la reorganización del Ejército del Perú (Arbulú, 1988, p. 115):

Como parte de la celebración por el Centenario de la Independencia del Perú, en la Escuela Militar se debeló una placa de mármol donde estaba inscrito “A la memoria de los cabitos, oficiales, alumnos y soldados de esta escuela muertos por la patria, en el Primer Centenario de la Independencia, siendo Presidente de la República Augusto B. Leguía, Ministro de Guerra German Luna Iglesias, y Director de la Escuela Gral. Georges Marcel-Misión Militar Francesa”. (EMP, 1962, p. 66)

324

En horas de la tarde, se desarrolló una sesión solemne en el Consejo Provincial de Lima engalanada con una parada militar. Paralelamente, las demás delegaciones militares se ubicaron en distintos puntos, como el Palacio de Diputados, la Plaza Bolívar y el Palacio de Gobierno, presentaciones que concluyeron al anochecer. Paralelamente, se llevó a cabo la sesión solemne de instalación del Congreso a cargo de su presidente, el general César Canevaro (*El Comercio*, 2000, p. 39).

Además de las ceremonias y recepciones oficiales, la población también se volcó a las calles para celebrar el primer centenario del Perú como república. En efecto, los peruanos organizaron numerosos actos con la colaboración y participación de su Ejército, a los que se unieron los efectivos militares de los países invitados. Compartieron todos la algarabía por la festividad:

[...] tuvo lugar la procesión de antorchas por las calles centrales de la población. La procesión partió del cuartel Santa Catalina, tomaron parte los miembros del Ejército, las escuelas especiales y los distintos colegios de la capital. Precedidos de bandas de músicos [...] la procesión llegó y se desplazó por el jirón de la Unión [...] pasó por la plaza San Martín y luego se dirigió a la plaza de la Exposición, donde terminó [...] la banda del Ejército ofreció una retreta en Paseo Colón, ante un público numeroso que aplaudía sin cesar a los músicos y expresaba su entusiasmo con vivas al Perú y a las naciones extranjeras que se habían adherido a la celebración de nuestro Centenario [...]. (Palacios, 2015, p. 889)

Las celebraciones culminaron en los primeros días de agosto con un gran desfile militar en Santa Beatriz, dirigido por el general Mangín (*El Comercio*, 2000, p. 39): “Ante tales acontecimientos que se avecinaban, [el cadete] Marín participaría de los numerosos ensayos que realizaron la división de clases y la superior, por lo que el paso de la Escuela Militar frente al estrado oficial y ante el público durante el desfile y evoluciones, arrancarían eufóricos aplausos de los asistentes” (Taype, 2018, p. 21). El cadete Marín se graduó como oficial del Ejército y –como ya señalamos– llegó a convertirse en el general José del Carmen Marín Arista, ayudante del Mariscal Andrés Avelino Cáceres, y ministro de José Luís Bustamante y Rivero. Este militar fue partícipe y testigo de lo que fueron las celebraciones por el centenario nacional:

Al terminar las fiestas del centenario, se organizó un gran desfile militar en el antiguo hipódromo de Santa Beatriz, en el cual to-

maron parte tropas y marinerías nacionales y extranjeras en honor al mandatario peruano; desfile en el cual actuó como oficial de estribo del presidente Leguía, el general Mangin, vencedor de Verdún durante la Primera Guerra Mundial. En la noche se realizó una gran cena de gala en Palacio de Gobierno, ofrecida por el presidente peruano, a la cual asistieron más de dos mil personas. (Palacios, 2015, p. 894)

Por ser nuestro país el anfitrión, las escuelas de formación de las instituciones castrenses, como la Escuela Militar de Chorrillos, participaron también en la recepción de las delegaciones diplomáticas y militares visitantes: “La Escuela Militar de Chorrillos, causó mejor impresión por la uniformidad y precisión de los movimientos de sus unidades, la bizarría de sus gallardos cadetes. Ganándose calurosos aplausos” (EMP, 1962, p. 65). En efecto, las delegaciones invitadas a nuestro centenario visitaron las instalaciones militares de la capital, recorrieron sus ambientes, departieron con el personal militar peruano y asistieron a las evoluciones desarrolladas por nuestras tropas para mostrar su alta preparación a los asistentes:

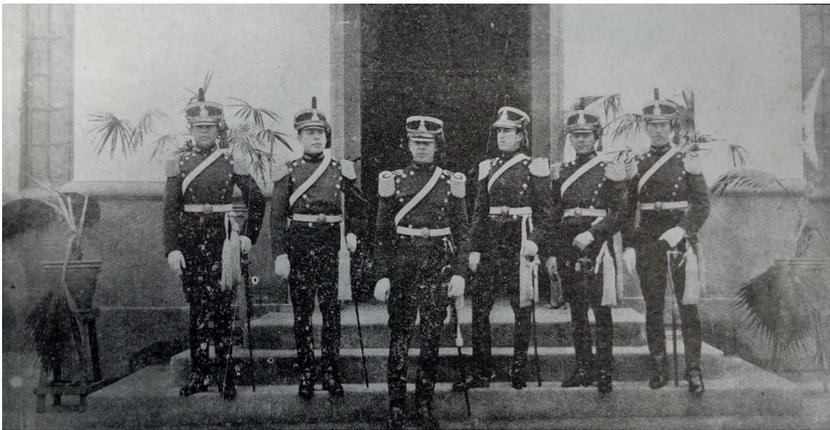
Entre los días 27 julio y 17 de agosto de 1921, visitaron la Escuela Militar de Chorrillos el general Mangin, el agregado militar de Colombia, Uruguay, los integrantes del Regimiento Granaderos de San Martín, la delegación militar de Bolivia y finalmente los integrantes de la Embajada de Argentina, presidido por el Monseñor Luís Duprat, Arzobispo de Buenos Aires. (EMP, 1962, pp. 65-66)

326

Como ya se señaló, el programa de celebraciones por el lado castrense contempló la construcción y habilitación de instalaciones militares para albergar a sus pares visitantes. Por ejemplo, a partir de 1918, comenzó a levantarse un cuartel en la avenida del Ejército (actual distrito de Miraflores) que por entonces se llamaba *Junín*, pero con motivo del centenario nacional, las autoridades dispusieron cambiar su deno-

minación por *San Martín* (Arbulú, 1988, p. 140). Los periódicos y revistas de la época perennizaron en fotografías el hospedaje de las tropas visitantes.

Cuartel San Martín. Esta obra comenzada muchos años atrás, había sido casi abandonada. Con motivo de las celebraciones por el Centenario de la Independencia, el gobierno de Leguía resolvió alojar allí al regimiento Granaderos de Argentina que vino al Perú en esa oportunidad y para el efecto dispuso la rápida ejecución de los trabajos necesarios para su conveniente utilización. Así se hizo. Se terminaron las cuadras, los salones, el comedor y los cuartos para oficiales y se preparó caballerizas adecuadas para el ganado. En estas condiciones fue estrenado el cuartel, para los gratos asistentes. (Leguía, 2007, p. 150)



Granaderos argentinos en cuartel Junín (hoy desaparecido cuartel San Martín en Miraflores)

Fuente: *Revista Mundial* (19 de agosto de 1921).



Almuerzo brindado por la Escuela Militar de Chorrillos en honor a los Granaderos de San Martín.

Fuente: *Revista Mundial* (19 de agosto de 1921).

El despliegue de las tropas peruanas causó tal impresión que el 25 de setiembre de 1921 la Cámara de Diputados acordó un voto de aplausos en honor al Ejército y Armada Nacional por su brillante presentación en las fiestas conmemorativas del centenario de la república (OGE, 04 de octubre 1921, p. 1). Posteriormente, el 18 de octubre de 1921, se inscribió con fecha del 28 de julio de 1921 en los escalafones del Ejército y de la Armada, en sus respectivas clases y dentro de la jerarquía militar, a los oficiales, generales, superiores y subalternos de los ejércitos y armadas extranjeras que habían formado parte de las embajadas extraordinarias, misiones especiales y a los expresamente invitados a la celebración del centenario de la independencia nacional (OGE, 03 de noviembre 1921, p. 1).

Durante los actos por el centenario, también se efectuaron reconocimientos a personalidades, como al teniente coronel argentino Antonio Tassi, a quien se le otorgó la Medalla de Oro del Centenario en agradecimiento por su apoyo a la causa peruana en el problema pendiente del plebiscito y también como testimonio de simpatía hacia la República Argentina (OGE, 21 de octubre 1921, p. 1).

Se decreta la creación de la Medalla del Primer Centenario de la Independencia de la República Nacional, que sería de oro, plata y cobre. Llevaría en el anverso la Efigie de la Libertad sosteniendo en una mano el símbolo de esta y en la otra el Escudo Nacional con la leyenda “República Peruana” y en el reverso la escena de la Proclamación de la Independencia por el generalísimo Don José de San Martín, con la leyenda “Primer Centenario de la Independencia del Perú 1821-1921”. El modelo será de tres tamaños, de seis centímetros de diámetro, de treintaicinco milímetros y de veintidós milímetros. La de seis centímetros sería de oro y fue entregado a soberanos y Jefes de Estado, la de los otros tamaños podría ser de oro, plata o cobre y se adjudicaría a los ministerios [...] los Ministerios de Guerra y Marina otorgarían la medalla a las delegaciones militares y navales extranjeros, respectivamente. (OGE, 4 de mayo 1921, p. 1)

Aquella distinción materializó el agradecimiento del Perú a los asistentes a la conmemoración del centenario, particularmente a aquellos que apoyaron la aspiración peruana de recuperar los territorios de Tacna y Arica. La medalla permitió fortalecer los lazos de amistad entre Estados.

Uno de los episodios más recordados al finalizar las celebraciones fue el protagonizado por los jinetes militares argentinos al obsequiar sus caballos y lanzas a sus pares peruanos. Curiosamente, el viaje por mar de aquellos granaderos hacia el Perú para participar en las actividades por nuestro centenario fue toda una odisea, al enfrentar en alta mar violentos temporales que provocaron la muerte de una treintena de sus caballos:

Fue entonces cuando el monseñor Duprat [...] dirigiéndose al presidente Leguía le manifestó en esa oportunidad y en nombre del gobierno argentino, obsequiaba al Ejército Peruano los caballos y las lanzas del Escuadrón Granaderos. Ellos procedieron a desensillar y con bozal y cabestro, cada jinete entregó su caballo a los soldados peruanos que los estaban esperando [...]. Cada uno abrazó a su caballo despidiéndose entre lágrimas, puesto que desde potro hasta el fin del adiestramiento nos acompañaron en desfiles, justas de saltos hípicas, ejercicios de combate y destreza de lanza y sable y por último fueron también compañeros en los momentos difíciles de los días de navegación, en donde hicimos lo imposible por mantenerlos vivos y sanos. (Mendoza, 2017, p. 45)

En efecto, el viaje por vía marítima de los granaderos argentinos resultó bastante accidentado. Estando en alta mar con dirección al Perú, el mal tiempo golpeó el navío que los trasladaba; ello provocó que casi treinta equinos perecieran ahogados en el océano, pese a los denodados esfuerzos de sus jinetes militares para salvarlos. Probablemente, además de perennizar la amistad entre los jinetes argentinos y sus pares peruanos al obsequiar los primeros sus caballos, también estos quisieron evitar la posibilidad de repetir aquel triste episodio de retorno a su país.

Cabe preguntarnos si el programa conmemorativo por los 100 años del Perú como república únicamente comprendió ceremonias, inauguraciones, cenas, desfiles y retretas. Así como una persona que se prepara para celebrar su cumpleaños decora anticipadamente su domicilio para recibir a sus invitados, similar actitud tuvo la Comisión Organizadora del centenario. En efecto, la ciudad de Lima previamente fue embellecida. Se inauguraron plazas, avenidas, edificios y monumentos; se pavimentaron las calles existentes, entre otras obras (*El Comercio*, 2000, pp. 38-39). “[...] Lima se convirtió en un centro importante para la vida cultural y política de América, y Leguía resultó el eje de ello” (Sánchez, 1993, p. 88).

Una de las primeras medidas dictadas por la comisión fue el arreglo o remozamiento de la infraestructura externa como de los ambientes interiores del viejo Palacio de Gobierno, del Congreso de la República, de los edificios ministeriales, de las oficinas públicas, de los centros académicos y de los conventos e iglesias de la capital. Para ello, el Ejecutivo destinó un presupuesto especial con cargo al Ministerio de Fomento; la Dirección de Obras Públicas de dicho portafolio fue la encargada de supervisar los avances respectivos. El saneamiento de la capital, el acondicionamiento de las calles y avenidas y el pintado de las viviendas fueron también atendidos como asuntos prioritarios. El municipio capitalino tuvo a su cargo el cumplimiento del edicto sobre el embanderamiento general de la ciudad entre los días 25 y 31 de julio. [...] se amplió la cobertura hotelera, el servicio de clínicas, hospitales, restaurantes y transporte público [...] algunas familias ofrecieron sus viviendas como eventuales lugares de alojamiento para los numerosos e ilustres visitantes. (Palacios, 2015, p. 886)

Esta descripción demuestra, una vez más, que, para realizar un magno evento, se requiere de una planificación detallada y con la debida anticipación a fin de no dejar pasar por alto el más mínimo detalle. Además, es indispensable el liderazgo y el establecimiento de objetivos claros –en este caso, por parte del Gobierno y la Comisión Organizadora– y el trabajo conjunto de los diferentes sectores de la sociedad peruana –civiles y militares–, entre otros aspectos. Como se observa, para celebrar por todo lo alto los primeros 100 años del Perú como república, los peruanos sumaron esfuerzos y el Ejército del Perú tuvo un rol protagónico.

Orden y pulcritud para una celebración digna

Los estudios en torno al centenario de la independencia del Perú o al período de gobierno en que esta aconteció, se han caracterizado por destacar la figura del entonces presidente Augusto B. Leguía, las delegaciones invitadas, la coyuntura nacional e internacional, y, particularmente, las obras e inauguraciones ejecutadas con motivo de la festividad nacional (Ortemberg, 2015; Hamann, 2015; Leguía, 2006; y Sánchez, 1993).

Con la finalidad de complementar aquellos aportes, surgen algunas preguntas: ¿quién tuvo la idea de embellecer la ciudad capital para el centenario?, ¿fue solamente inspiración del presidente Leguía y de la comisión organizadora de las celebraciones? Curiosamente, todo parece indicar que fue un integrante del Ejército del Perú quien se percató de los pormenores estéticos de nuestra capital e hizo llegar sus sugerencias a la opinión pública. Al parecer, tanto el mandatario y los responsables de la organización tuvieron a bien ponerlas en práctica.

En relación con lo anterior, debemos tener en cuenta que los integrantes de las Fuerzas Armadas se caracterizan por su apego a la disciplina, pulcritud, respeto y trabajo en equipo, practicados diariamente en todas sus actividades. Aquellas características propias de la vida militar serían puestas en práctica durante la preparación y ejecución de las celebraciones.

332

Meses antes de la fecha central, el general Pedro Pablo Martínez, reconocido militar de la época, remitió una carta al diario *La Prensa* en la que manifestaba una serie de sugerencias sobre cómo podría celebrarse dignamente el centenario de la independencia, misiva que fue publicada por el periódico el 26 de agosto de 1920. Al contrastar aquellas recomendacio-

nes con las obras desarrolladas para el centenario, se puede colegir que fueron llevadas a la práctica.

El general Martínez había ingresado a la Escuela Militar en 1897; en 1899, se graduó como alférez de caballería. Durante su carrera militar, desempeñó importantes cargos y participó en los aprestos bélicos ante el Ecuador en 1910. Posteriormente, en 1918, con el grado de coronel, asumió la jefatura del Estado Mayor General del Ejército y, al año siguiente, cuando Leguía tomó el poder nuevamente, colaboró en la elaboración de leyes referentes a la organización del Ejército. Durante el Oncenio, se desempeñó también como director de la Guardia Civil y Policía, y ascendió al grado de general en 1926 (CPHEP, 2006, p. 101).

Al comenzar la referida misiva, el general Martínez hacía una reflexión respecto de la actitud que deberían tener los peruanos al rememorar sus primeros cien años como Estado republicano:

[...] la mejor forma como el Perú se aprestaría a recibir dignamente la fecha clásica que nos ocupa, sería la manera de ofrecerse unido; pues nunca como ahora es necesaria esa devoción patriótica que lleve a todos los peruanos al altar de la nación [...] con los efluvios de ese sentimiento elevado, el corazón de los ciudadanos, a fin de que se vea libre de tanta indiferencia, de tanto egoísmo, de tanta odiosidad, que empequeñecen la idea de patria. (Martínez, 1924, pp. 323-324)

Las recomendaciones del referido militar, publicadas por *La Prensa* casi un año antes del centenario, comenzaban por señalar la necesidad de priorizar la limpieza y el embellecimiento de la ciudad capital:

Cambiar el aspecto general de las poblaciones, especialmente del Callao y Lima [...] reformar el aspecto de las fachadas de los edificios [...] que por su vejes ofrecen mal aspecto, tanto en

Lima como en el Callao; debe obligarse a los propietarios que las modernicen, fijando plazos perentorios y reglamentando el estilo, colores, etc., ejercitando acción enérgica para que se cumpla esta medida [...]. Limpieza general de techos y azoteas en Lima y Callao [...] pavimentación de las avenidas [...] ellas tienen que ser los lugares favoritos para los paseos y recorridos en automóviles, carruajes [...]. Embellecimiento de las plazas de Lima y el Callao. Esto puede conseguirse poniendo bajo auspicio de las familias de fortuna, cuyo nombre debe llevar dichas plazuelas [...]. Demolición e incineración de lo que ofrezca mal aspecto [...] necesidad imperiosa de demoler e incinerar las rancherías y muladares que se exhiben a la vista del viajero entre los recorridos de Lima, Chorrillos, Callao, etc.; en una palabra, el visitante no debe descubrir nada que ofrezca mal aspecto y desdiga el aseo y cultura de los lugares por los que tenga que recorrer forzosamente a su ingreso a la capital. Ya puede imaginarse el deplorable efecto que produciría a cualquier extranjero el aspecto de las casuchas mugrientas, hechas de tablas viejas y trapos sucios [...]. Esto hay que evitarlo por nuestro propio decoro. (Martínez, 1924, pp. 326-327)

Las sugerencias incluyeron el ornato público, el cual debería dar una buena imagen de nuestra ciudad —y de los propios peruanos— ante las delegaciones extranjeras asistentes a nuestro centenario:

[...] Prohibición de pegar avisos en las paredes [...]. Aquello debe hacerse únicamente en los pizarrones colocados para tal fin [...] ofreciendo una vista elegante [...]. Preocuparse por la construcción de un hotel que reúna las condiciones de confort y del cual carecemos en Lima [...]. Construcción de viviendas por los militares para la población, cuya placa de inauguración deba decir “El Ejército al Pueblo”. (Martínez, 1924, p. 327)

En el ámbito castrense, Martínez recomendaba para el Ejército lo siguiente:

[...] b. Designación del cuartel de la avenida del Ejército, para que sirva de alojamiento a las tropas que pudieran venir de otras naciones sudamericanas [...]. En el patio de honor podría inau-

gurarse un pequeño monumento al Protector. Las cuadras llevarían los nombres de los principales próceres de la Independencia.

c. Denominación de “Granaderos a caballo” de uno de los regimientos de caballería, que podría ser el Regimiento Escolta del Presidente, el que usaría el mismo uniforme y equipo del cuerpo histórico que comandó San Martín.

[...]

f. Construcción de dos cuarteles modelos para la Infantería y Artillería.

[...]

i. Redacción de todos los hechos militares de San Martín en forma compendiada y con la idea predominante de establecer enseñanzas de orden táctico y estratégico. Esta obra sería profusamente ilustrada con fotografías, cartas y esquemas (concursos).

[...]

k. Otorgación de premios por inventos militares o navales.

(Martínez, 1924, pp. 331-332)

Respecto de los cuarteles como el Bolívar, en el hoy distrito limeño de Pueblo Libre, refiere:

El cuartel de la Magdalena, con pequeño esfuerzo, puede colocarse en condiciones de servir para alojamiento de oficiales y tropa, edificándose algunas cuadras, construyéndose pabellones y completando algunos servicios que faltan [...] habría que comenzar por cambiar la fachada y convertir en parques los dos trozos de terreno que queda frente al cuartel [...]. Designación y arreglo de un campo de maniobras para las tropas de la guarnición de Lima, para revistas, fiestas militares, etc., y este no puede ser otro que el Hipódromo de Santa Beatriz [...]. (Martínez, 1924, p. 333)

Así mismo, en lo que se refiere al conocimiento de nuestra historia, el general Martínez propuso su difusión a través de conferencias en las que colaboraran los oficiales más capacitados del Ejército: “Para despertar el espíritu militar de nuestro pueblo, sería conveniente que jóvenes oficiales designados por la superioridad, dieran conferencias alusivas en todos los centros obreros, así además, se conseguiría vincular a esta clase con el Ejército” (Martínez, 1924, p. 332).

Estos fueron algunas demostraciones de la activa participación del Ejército de nuestro país durante los días en que se llevaron a cabo las celebraciones por el centenario de la independencia del Perú en 1921.

A pesar de la crisis financiera que ya empezaba a arreciar, las fiestas –de increíble brillantez– fueron un derroche de boato y lujo. Tales fiestas duraron quince días y a ellas acudieron representaciones diplomáticas de casi todos los países: Japón, Italia, Francia, Estados Unidos y la propia España enviaron misiones especiales en buques de su escuadra; y la Argentina una delegación militar de sus gloriosos Granaderos que al final obsequiaron sus caballos al Ejército Peruano. Los extranjeros residentes en el Perú tampoco quisieron quedarse atrás y embellecieron Lima con muy valiosos regalos; los italianos obsequiaron el Museo de Arte Italiano; los alemanes la torre del reloj del Parque Universitario; los ingleses el Estadio; los franceses una estatua de la Libertad; los españoles un Arco Morisco; los japoneses el monumento a Manco Cápac; los chinos la gran Fuente de Mármol; los belgas el monumento al Trabajo; los estadounidenses la estatua a Washington; y los mexicanos la del cura Hidalgo [...]. Las fiestas se sucedieron con insistencia y entusiasmo, a decir verdad, era la primera alegría auténtica del pueblo peruano desde la infausta Guerra con Chile. (Del Busto, 1988, pp. 521-522)

Sin embargo, tras caer el régimen leguista, una serie de hechos terminaron comprometiendo y desprestigiando al otrora *Gigante del Pacífico* –uno de los sobrenombres con el que fue conocido Augusto B. Leguía–: “Las suntuosas celebra-

ciones por el centenario de la independencia acarrearón gastos excesivos y derroche de fondos públicos a gran escala, no obstante la caída de los precios de las exportaciones en 1921” (Quiroz, 2013, p. 245).

A manera de conclusión

Como se ha mostrado a través del desarrollo del presente trabajo, podemos concluir que los actos con ocasión del centenario de la independencia del Perú en 1921 lograron alcanzar la prestancia exigida por todo evento de relevancia nacional gracias a la participación de las Fuerzas Armadas de nuestro país, particularmente del Ejército. En este, recayó la especial responsabilidad de garantizar el prestigio, la marcialidad y la vistosidad, aspectos que caracterizaron la conmemoración peruana y fueron apreciados por las delegaciones asistentes de los diferentes países del mundo. El resto de actividades organizadas por las distintas instituciones del país complementó aquel aporte militar.

Si bien el papel protagónico de las Fuerzas Armadas durante la celebración del centenario nacional ha sido considerado por algunos especialistas como su “militarización”, desde el punto de vista histórico, su presencia responde al reconocimiento de la participación castrense en las luchas por la independencia. En las páginas anteriores, hemos podido verificar que, casi inmediatamente luego del desembarco de la Expedición Libertadora en Paracas en setiembre de 1820, se conformaron las primeras fuerzas militares integradas netamente por peruanos. Estas dieron paso a la creación de la Legión Peruana de la Guardia, con lo que se oficializó el hoy Ejército del Perú tras proclamarse nuestra independencia en Lima.

A pesar de que la presencia militar en las celebraciones de hace un siglo se sustentaba en el derecho derivado del curso de los acontecimientos históricos, en los últimos tiempos, han surgido propuestas que proponen “desmilitarizar” las

fechas cívicas. Entiéndase como *fechas cívicas* aquellas que rememoran a los personajes —civiles y militares— y a los acontecimientos más importantes en la historia de nuestro país.

Debe entenderse que los militares no son ciudadanos de “segunda clase”; son también peruanos con la particularidad de vestir el uniforme castrense, que anhelan, al igual que el resto, un mejor futuro para quienes integran aquella gran casa llamada *Perú*, próxima a conmemorar su bicentenario nacional.

Quizás quienes proponen la “desmilitarización” de las celebraciones no se han percatado de que esa propuesta implicaría mostrar un cuadro incompleto de nuestra historia republicana. Cabe señalar al respecto que no se pretende hacer una apología del Ejército peruano, sino mostrar sus aportes como institución a la historia nacional para su mejor comprensión.

Finalmente, el bicentenario del Perú se convierte en una buena ocasión para fortalecer la relación entre los sectores civil y militar a través de la historia, en la que los actos del último no sean valorados solamente desde el punto de vista político o bélico. También se necesita reparar en la contribución de esta comunidad en momentos difíciles para la población peruana, ya sea a causa de fenómenos naturales o humanos, así como en aquellos días en los que nuestro país rememoró sus más importantes efemérides, como sucedió durante el centenario de la independencia.

Si no hacemos un esfuerzo por comprender la labor de los militares peruanos, probablemente volveremos a repetir los distanciamientos de antaño, como alguna vez describió el historiador tacneño Jorge Basadre al manifestar: “Se produjo un absurdo distanciamiento entre la universidad y el cuartel, como antaño se produjera el distanciamiento increíble entre

civiles y militares, germen de horrendas catástrofes [...]. Y es que ha faltado en los hombres que guiaron a la intelectualidad nacional una visión realista de Patria estricta” (Basadre, 1943, p. 247). Las conmemoraciones por el centenario de nuestra independencia en 1921 nos brindan lecciones que debemos considerar en las futuras celebraciones nacionales.

Recibido: 19 de setiembre de 2020

Aprobado: 10 de diciembre de 2020

Referencias

- Alzamora, C.
(2017) *Leguía, la historia oculta: vida y muerte del presidente Augusto B. Leguía*. Editorial San Marcos.
- Arbulú, G.
(1988) *El Ejército y la ingeniería militar en el siglo XX: 1900-1989*, tomo I. Editorial Talleres de la Imprenta del Ejército.
- Basadre, J.
(2014) *Historia de la República del Perú, 1822-1933*, tomo XIV. Producciones Cantabria SAC.
- Basadre, J.
(1943) El mantenimiento y desarrollo de la nacionalidad. En *Revista de la Escuela Militar*, XVIII (209), 246-248.
- Casalino, C.
(2017) *Centenario: las celebraciones de la independencia, 1921-1924*. Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.
(1999) *El Ejército unido a la historia*. Oficina de Información de Ejército y Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.
(2001) *Compendio de historia general del Ejército del Perú, 3,000 años de historia*, tomo I. Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú
(2006) *Apuntes históricos de héroes y personajes militares del Perú, serie biográfica*, tomo II. Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú.

Costa y Cavero, R.
(1921) *Las banderas y los escudos del Perú*. Imprenta La Equitativa.

Dargent, C.
(2015) *Historias de un olvido*. Editorial San Marcos.

Del Busto, J.
(1988) *Compendio de historia del Perú*. Librería Studium.

Dellepiane, C.
(1965) *Historia militar del Perú*, tomo I. Ministerio de Guerra.

El Comercio.
(2000) *El siglo XX de El Comercio, 1920-1929*, tomo III. Editorial El Comercio y Plaza Janés S.A.

Escuela de Operaciones Sicológicas del Ejército (EOSE)
(2016) *XXII Aniversario de la creación de la Escuela de Operaciones Sicológicas del Ejército, 1994-2016*.

340

Estado Mayor General del Ejército de Chile
(1980) *Historia del Ejército de Chile. La Primera Guerra Mundial y su influencia en el Ejército, 1914-1940*, tomo VIII. Estado Mayor General del Ejército de Chile.

Escuela Militar del Perú
(1962) *Historia de la Escuela Militar del Perú*. Talleres Offset Reprografía SA.

- Fernández Prada, A.
(1983) *La aviación en el Perú, 1761 a 1942*, tomo I. Editorial Universo SA.
- Leguía, E.
(2007) *Lima 1919-1930. La Lima de Leguía*. Editorial San Marcos.
- Luna, E.
(1982) *Perú y Chile en cinco siglos*. Librería Editorial Minerva.
- Martínez, P.
(1924) *Páginas militares*. Imprenta Eduardo Ravago.
- Mendoza, R.
(2017) En julio de 1921 visita el Perú el regimiento argentino Granaderos a Caballo “General San Martín”. *Revista Actualidad Militar*, 507 (4), 42-45.
- Novak, F.
(2001) *Las relaciones entre Perú y España (1821-2000)*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto de Estudios Internacionales.
- Orden General del Ejército (OGE).
Ministerio de Guerra-Estado Mayor General del Ejército. Lima, 25 de agosto de 1919.
- Orden General del Ejército (OGE).
Ministerio de Guerra-Estado Mayor General del Ejército. Lima, 23 de setiembre de 1920.
- Orden General del Ejército (OGE).
Ministerio de Guerra-Estado Mayor General del Ejército. Lima, 9 de octubre de 1920.
- Orden General del Ejército (OGE).
Ministerio de Guerra-Estado Mayor General del Ejército. Lima, 4 de mayo de 1921.

- Orden General del Ejército (OGE).
Ministerio de Guerra-Estado Mayor General del Ejército. Lima, 23 de mayo de 1921.
- Orden General del Ejército (OGE).
Ministerio de Guerra-Estado Mayor General del Ejército. Lima, 4 de octubre de 1921.
- Orden General del Ejército (OGE).
Ministerio de Guerra-Estado Mayor General del Ejército. Lima, 21 de octubre de 1921.
- Orden General del Ejército (OGE).
Ministerio de Guerra-Estado Mayor General del Ejército. Lima, 3 de noviembre de 1921.
- Ortemberg, P.
(2015) Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios. *Anuario de Estudios Americanos*, 72 (1), 321-350.
- Palacios, R.
(2015) *Historia marítima del Perú: la república de 1919 a 1930*, tomo XIV, vol. 1. Instituto de Estudios Históricos Marítimos del Perú.
- Pastor, E.
(1938) *De la vieja Casa de Pizarro al nuevo Palacio de Gobierno*. Ministerio de Fomento y Obras Públicas del Perú.
- Pons, G.
(1982) *Compendio de historia del Perú*. Librería Distribuidora Bazar San Miguel EIRL.
- Quiroz, A.
(2013) *Historia de la corrupción en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos e Instituto de Defensa Legal.

Revista Mundial

(1920, 17 de setiembre) El centenario del primer grito de libertad. *Revista Mundial*, 1 (21).

Revista Mundial

(1921, 8 de julio) La obra de reconstrucción de Palacio de Gobierno. *Revista Mundial*, 2 (63).

Revista Mundial

(1921, 19 de agosto), 2 (66).

Sánchez, L.

(1993) *Leguía, el dictador*. Editorial Pachacútec.

Taype, J.

(2016) BAP Coronel Bolognesi: el buque del héroe de Arica. *Revista de Marina*, 109(1), 154-167.

Taype, J.

(2018) Amenaza bajo las olas: breve mirada al poder submarino peruano a finales de la década de 1920. *Revista de Marina*, 111 (3), 70-81.

Taype, J.

(2018) *Vida y obra del general de división José del Carmen Marín Arista*. Centro de Altos Estudios Nacionales.

Taype, J.

(2019) ¿Militar o policía? El manejo de las fuerzas militares y policiales durante el Oncenio de Leguía. *Revista Expresión Militar*, 76 (1), 36-41.

Yrigoyen, M.

(2020) El primer centenario. *Hildebrandt en sus trece*, 11 (511), 8-9, 30.